

==== Capítulo XVII ====

De pronto me encontré a mí mismo temblando, sudoroso y débil, tirado en un suelo sorprendentemente sólido.

Sólido.

Parpadeé. Ese sencillo movimiento me costó mucho. Los ojos se me humedecieron cuando noté la luz hiriente en mis pupilas, y pude enfocar la vista por fin.

Vi las resquebrajadas columnas que sostenían las paredes de tierra y piedra, en las que se veían las desdibujadas pinturas que contaban la historia del encarcelamiento.

No había caído en la lava. La tierra no se había abierto bajo mi cuerpo. No estaba muerto, ni había perros devorándome.

De hecho, noté, ni siquiera había dolor, solo una extraña pesadez en todo el cuerpo. Estaba bastante seguro de que ni siquiera podría moverme si lo intentaba.

Despierta... despierta...

Pero pude hacerlo cuando noté la comunicación de Devorador.

Bruscamente doblé el cuello, y mi mirada topó con la criatura deforme, viscosa y de olor nauseabundo.

Recordé la cruel sonrisa, y las palabras.

—Ridículo humano, ¿qué pensabas que ibas a conseguir?

Lancé un gemido ronco y rodé a un lado, apartándome de él con horror.

Pero me sorprendí al notar que no tenía dientes en absoluto, como siempre. Me di cuenta de que no parecía tan grande ni tan amenazador.

¡Bien!

El concepto estaba lleno de alegría, como si estuviera contento de verme despierto y moviéndome a duras penas.

~ 1 ~

No era el ser mezquino que se había reído de mi agonía. Era Devorador, por todos los demonios, esa criaturita pestilente, sí, que una vez intentó comerme, también, pero que ahora me llamaba «amigo» y se alegraba cuando me veía.

Jadeé y apoyé la cabeza en el suelo. Estaba mareado y débil, demasiado débil.

Ahora... comer... ahora.

«¿Comida?», pensé.

Me costaba seguir sus mensajes. Era como si hablara con lentitud... pero teniendo en cuenta que solo sacaba a relucir conceptos de mi propia mente, lo más probable es que fuera culpa mía.

Estaba demasiado débil como para pensar con claridad. Por eso tardé un poco en dar por sentado que necesitaba comer otra vez, y yo, como su aliado, tenía que proveerle de un alma.

Aún había un hurón en la estancia, al fin y al cabo.

Me doblé para buscarlo con la mirada.

El animalillo estaba hecho un ovillo en un rincón. Supe que era el hurón vivo porque lo veía temblar ligeramente.

Me pregunté cuánto tiempo había pasado delirando.

Comer, comer...

—Ya... —musité, y mi voz sonó muy áspera.

Intenté ponerme de rodillas, pero me temblaba todo el cuerpo. Entonces simplemente traté de arrastrarme hasta el hurón, que al oírme lanzó un chillido y se erizó, mirándome con sus ojillos rojos.

No le debí parecer una gran amenaza, porque no echó a correr, y yo lo agradecí en silencio. No tenía fuerzas para perseguirlo.

Me fui acercando poco a poco, arrastrándome como podía. Era algo que podía hacer, al fin y al cabo. Devorador no, por lo que yo sabía; él estaba condenado a permanecer inmóvil allí donde su aliado lo dejara.

Me pregunté si ahora éramos aliados. Si tendría que moverlo, y cómo lo haría. Pero me costaba mucho pensar, así que lo dejé estar y seguí avanzando hacia el hurón, que gruñía y chillaba, todo erizado como un gato enfadado.

Entonces se abalanzó contra mí con toda la intención de herirme.

Vaya, y lo hizo. Noté sus garras en la cara y sus dientes mordiéndome el mentón. Gruñí y traté de sacudírmelo de encima.

Durante un minuto se me escurrió entre los dedos, haciéndome sangrar con sus malditas uñas y sus mordiscos de roedor, pero al final lo agarré del pescuezo y me lo aparté. Se sacudió entre mis manos, intentando arañarme y morderme. ¡Maldito!

Comer, comer, comer.

—Sí... Ya... Ya voy...

Esta vez logré arrodillarme. Con dificultades, manteniendo lejos al mal bicho que seguía intentando hacerme daño, pude ponerme en pie.

Me temblaban las piernas como si fueran de mantequilla. El mero hecho de levantarme hizo que me diera vueltas la cabeza.

Me pregunté si era normal. Había tenido terribles pesadillas, había delirado hasta la locura, ¿y durante cuánto tiempo, al fin y al cabo? No me sentía con fuerzas ni de mirar al agujero del techo para ver en qué posición estaba el sol.

No tenía fuerzas para nada más que para trastabillar hacia Devorador y dejarme caer junto a él, alargándole al hurón para que se alimentara.

Abrió su enorme boca de sapo, pero en lugar de boquear como siempre aquellos labios viscosos se doblaron en lo que me pareció que era una especie de sonrisa.

No, no, yo no, tú, comer, tú.

Parpadeé sin comprender y miré al hurón, que temblaba, retorciéndose entre mis manos.

—¿Yo...? —musité.

Comer, tú, comer, necesitas, necesitas.

La idea me hizo notar un espasmo de desagrado en el estómago. La carne no era precisamente el plato principal de la comida de los esclavos. ¿La carne cruda? Aún menos. Jamás lo había probado.

Pero entendía. Entendía que tenía que comer. Estaba muy débil, y ahora que lo pensaba, ¿Devorador no lo había dicho antes? Necesitaba alimentarme.

Comer, comer, comer.

El animalillo se sacudía, aterrorizado.

Era él o yo.

No titubeé. Con firmeza le agarré el cuello... y se lo rompí.

La verdad es que no fue fácil, ¿de acuerdo? La sangre manaba y la carne era elástica y costaba de masticar, pero Devorador me siguió impeliendo a comérmelo todo, hasta que logré asentar en el estómago la mayor parte de lo que había por comer, dejando solo los huesos sanguinolentos y unos pocos órganos.

Bastante asqueroso, la verdad. No me gustaría repetir.

Al menos me sentí bastante mejor después de haber comido, fuera lo que fuera.

Devorador parecía sonreír todavía.

Bueno, buen chico, bueno, bueno, bueno.

Sacudí la cabeza y lo miré.

—Gracias —murmuré.

Ya estás, listo, listo, terminado, preparado.

—¿Ya está? ¿Ya soy tu... aliado?

Un mudo asentimiento.

Noté un cosquilleo en el pecho, pura emoción.

Miré el cadáver del hurón... No los huesos que había dejado, sino el otro, que yacía en un rincón como si estuviera dormido.

¿Puedes verlo? ¿Lo ves? ¿Lo ves?

—No —negué en un débil susurro—. ¿Qué... tengo que ver?

¡Lazo! ¡Impronta! ¡Unión!

Sacudí la cabeza.

—Estás gritando. Por favor... Me duele.

Se quedó en silencio unos momentos.

Yo hablo. Hablo en ti.

—Pero no hablas en realidad, ¿no?

Sí, sí, exacto, no tengo voz, no hablo, pero me oyes. Hilo, unión, lazo, no se ve, pero la ves, la ves, ¿no la ves?

Traté de concentrarme.

Ahora era el aliado de Devorador. Debería poder ver algo, ¿no? Esa unión que él decía tener con los cuerpos de los que devoraba el alma. Un lazo. Un...

Un hilo.

Un hilo que no estaba allí, pero sí estaba. Un invisible trazo que unía el cadáver con Devorador... y de alguna manera diferente, a éste conmigo.

—¡Lo veo! —exclamé.

¡Sí, sí, sí! ¡Siente! ¡Ve! Conexión, unión, cuerpo, marioneta, tu marioneta, tu juguete, cógelo, úsalo, muévelo, puedes, puedes, puedes.

—C... Cómo... ¿Cómo lo...?

Tú, tú, a través de mí, tienes el poder, puedes hacerlo, muévelo, siéntelo, juega, juega, control, control, control...

De alguna manera es como tener una marioneta en las manos, excepto que los hilos que lo controlan no estaban en mis dedos: estaban en mi cabeza.

Poco a poco los fui encontrando. Fui capaz de palpar ese lazo, seguirlo hasta encontrar el cuerpo caído.

Entonces mi mente tiró del hilo, y el hurón abrió sus rojizos ojos, enderezándose con un movimiento fluido, como acuoso.

Lancé una exclamación. Eso me hizo perder la concentración, porque el animal volvió a caer al suelo.

¡Sí, sí, sí!

«Sí», pensé. «Puedo hacerlo. Puedo... hacerlo».

Busqué de nuevo el lazo, tiré de él. El hurón se levantó otra vez.

Costaba concentrarse, sobre todo al principio.

—Muévete... —ordené entre dientes—. Camina. Camina... Vamos... Cami...

El hurón dio un torpe saltito hacia adelante.

Abrí mucho los ojos, notando mi corazón estallar de júbilo.

Lo había conseguido.

—Mira. ¡Mira! ¡Se mueve! ¡Se está moviendo!

El hurón comenzó a correr por toda la sala sin hacer apenas ruido, siguiendo mis

órdenes, y yo, eufórico, me eché a reír de alegría.

~ 6 ~

El Círculo de las Almas I
Andras, El Nigromante
Por Athalia's
www.athalias.es